

La retirada de las fuerzas republicanas de la ciudad de Manresa (enero de 1939)

Joaquim Aloy

*(publicado en el volumen I de la "Guerra Civil (1936-1939)"
de la [col·lecció Història Gràfica de Manresa](#).*

[Edicions Parcir Selectes](#). Manresa, 1993)

El 16 de noviembre de 1938, después de su derrota en la batalla del Ebro, las tropas republicanas se vieron obligadas a retroceder a las posiciones anteriores a la ofensiva que desencadenaron en julio de 1938. Puede afirmarse que la guerra entonces prácticamente ya se había decantado del lado de las tropas franquistas. El ejército republicano, que había puesto en aquella batalla buena parte de sus esperanzas de cambiar una situación cada vez más favorable a Franco, se derrumbó prácticamente de forma definitiva. Las divisiones catalanas habían quedado desangradas y las pérdidas en vidas y armamento habían sido incontables. Por el lado republicano la situación era, pues, desesperada.

Fue en ese momento cuando Franco decidió iniciar la campaña de Cataluña. Se trataba de dar el golpe de gracia a un ejército que había dado lo mejor de sí en la batalla del Ebro y que estaba totalmente deshecho. Haciendo caso omiso de la tregua que Pío XI y varias personalidades mundiales le habían pedido con motivo de las fechas navideñas, Franco inició la ofensiva el 23 de diciembre de 1938, tras haberla previsto para el día 10 y haberla aplazado debido al mal tiempo.

Desde el Pirineo y hasta la desembocadura del Ebro, se hallaban frente a frente dos ejércitos distintos. El franquista, bien organizado, provisto de armamento abundante y en muy buenas condiciones, ayudado siempre por las aviaciones alemana e italiana, con cuantiosas tropas de refresco y moral de victoria. El ejército republicano, sin tiempo de reponerse de las bajas causadas por la

batalla del Ebro, con material escaso y anticuado (en la frontera francesa retuvieron armamento soviético hasta que fue demasiado tarde) presentaba unas tropas vencidas física y moralmente, una buena parte de las cuales compuesta por soldados mayores de 30 años, casados y con hijos, o jóvenes recién incorporados, sin haber tenido tiempo para la instrucción. La desproporción de fuerzas y de medios era absoluta.

Por el bando franquista, la fuerza encargada de la campaña de Cataluña era del Ejército del Norte, al mando del general de división Fidel Dávila Arrondo, compuesto por seis cuerpos: Urgel (Agustín Muñoz Grandes), Maestrazgo (Rafael García Valiño), Aragón (José Moscardó), CTV (Corpo di Truppe Volontarie, al mando de Gastone Gambarà), Navarra (José Solchaga) y el Marroquí (Juan Yagüe).

Las tropas republicanas estaban encuadradas en el GERO (Grupo de Ejércitos de la Región Oriental), al mando del general Juan Hernández Sarabia y el jefe del Estado Mayor, coronel Matilla, estando compuestas por dos ejércitos: desde el Pirineo hasta la demarcación de Lleida estaba el Ejército del Este, al mando del coronel Juan Perea, con los cuerpos del Ejército X, XI y XVIII; desde las inmediaciones de Lleida hasta el mar, el Ejército del Ebro estaba constituido por tres cuerpos: el V (Enrique Líster), el XII (Etelvino Vega) y el XV (Manuel Tagüeña).

La ofensiva franquista empezó por las cabezas de puente de Seròs y Tremp y pocos días después por la de Balaguer. Si bien inicialmente se entablaron importantes combates entre ambos contendientes y el ejército republicano resistió, pronto la desproporción de fuerzas y de moral puso en evidencia que, más que de una ofensiva, se trataba de un paseo militar por parte de las tropas franquistas. El ejército republicano, con las unidades casi deshechas, no pudo ofrecer sino resistencias aisladas. Agotadas sus capacidades humanas y materiales, fue retrocediendo apresuradamente. Era la desbandada.

El 9 de enero el gobierno central se vio obligado a movilizar la quinta de 1922 y la del primer trimestre de 1942 y el día 14 las quintas de 1915, 1916, 1917, 1918, 1919, 1920 y 1921, las tres últimas de las

cuales debían incorporarse inmediatamente. Suponía la incorporación al ejército de mozos de edades comprendidas entre 18 y 45 años. Asimismo, todos los hombres útiles que contaban entre 17 y 55 años quedaban a disposición de la Inspección General de Ingenieros para realizar tareas de fortificación relacionadas con la defensa. Al propio tiempo, eran militarizadas todas las empresas, industrias y trabajos relacionados con la guerra, el transporte y los abastecimientos. Algunas de estas medidas, sin embargo, ya no tenían efectividad real alguna.

El avance franquista era imparable. El 4 de enero caía Artesa de Segre, el 15 Tarragona y Reus, el 16 Cervera y el 20 Calaf. Más de la mitad de Cataluña había sido ocupada. El mismo día 20 Lluís Companys se dirigía a los catalanes y les pedía resistir. Una frase de su discurso tuvo una trascendencia especial: *"En esta guerra, catalanes, nos lo jugamos todo, hasta nuestro nombre."* Las fuerzas políticas hacían un llamamiento a la resistencia activa frente al invasor. El diario *UGT*, de Manresa, en las últimas ediciones, concretamente en la última conocida (11 de enero), apelaba constantemente a la imperiosa necesidad de resistir. Pere Ardiaca, García-Lago, Montserrat Planas y Marcel·lí Font también lo habían hecho en un mitin del PSUC el día 7, en el Teatre Conservatori. Marcel·lí Font había dicho: *"Manresa, como siempre, sabrá responder con entusiasmo a la causa de la libertad."*

La moral de la retaguardia, sin embargo, se había desmoronado y ya nadie hacía caso de estas llamadas. Cataluña, que había sido sometida durante meses a una vida durísima, estaba al borde del colapso. El hambre, las penosas condiciones de vida, los bombardeos, las bajas de amigos y familiares en el frente, el pánico vivido día tras día, el cansancio que había generado una guerra tan larga habían desmoralizado profundamente a la población, la mayoría de la cual deseaba sobre todo -y puede afirmarse que al precio que fuera- el fin de la contienda.

El último mes Manresa vivió el período más difícil desde el inicio de la guerra. Después del primer bombardeo aéreo, el 21 de diciembre -con un mínimo de 33 víctimas mortales-, el pánico se apoderaba de

la población cada vez que sonaban las alarmas antiaéreas y la gente acudía en masa a esconderse en los refugios. Algunos, para mayor seguridad, vivían en ellos, sin moverse prácticamente de allí.

La ausencia de alumbrado (desde que las tropas franquistas habían ocupado las centrales eléctricas toda la energía dependía de pequeñas centrales, como las de El Pont de Vilomara y el Besòs) convertía la Manresa nocturna en una ciudad fantasmagórica, donde transitar suponía un peligro.

A medida que transcurrían los días -y pese a lo que sostenían partidos políticos e instituciones- se hacía evidente a ojos de todos que el frente de guerra cada día estaba más cerca. Ya no había que escuchar Radio Sevilla para cerciorarse de ello. El derrumbe se notaba sólo presenciando, jornada tras jornada, el trasiego de columnas republicanas en retirada o las caravanas de coches y personas que pasaban por Manresa, procedentes de pueblos cada vez más cercanos; o apreciando el nerviosismo y los preparativos rápidos e improvisados de evacuación de hombres y materiales, decididos por las autoridades militares y municipales. Los cuarteles iban siendo abandonados por los soldados, sumándose éstos a las masivas formaciones de combatientes en retirada. Los hospitales militares, con cientos de heridos, algunos de ellos gravísimos, eran evacuados a pesar de la complejidad que acarreaba un traslado de estas características. Por otra parte, algunas industrias de guerra se desmontaban y transportaban hacia el norte, para evitar que cayeran en manos del enemigo. Sin embargo, el tráfico resultaba difícil y una parte de dicho material fue despeñado o inutilizado a medio camino. Los responsables de algunas empresas colectivizadas también se llevaron consigo parte de los productos; los miembros del consejo de empresa de Almacenes Jorba llenaron algunos camiones con grandes cantidades de artículos de seda, lana y algodón. Todo se hacía con prisas, con mucha improvisación, pues nadie había previsto que el enemigo podía llegar tan pronto. La falta de tiempo obligaba a evacuar el material más imprescindible. El resto tuvo que quedarse forzosamente en Manresa.

Un dato poco conocido es que durante esos días de retirada residió en Manresa el popular Valentín González, *el Campesino*, acompañado de sus seguidores. Procedente de las milicias populares, había destacado en varios episodios de la guerra (Madrid, Guadalajara, Brunete, Belchite...). Parece ser que a la sazón estaba enfrentado a la dirección del Partido Comunista, siendo apartado del mando. Permaneció unos días en Manresa, alojado en el hotel Santo Domingo, mientras que los soldados a sus órdenes pernoctaban en el cuartel. Se trataba tropas que ejercían funciones de policía, cuyo cometido era detener a sospechosos. Durante su estancia en la ciudad, el Campesino se incautó de un coche lujoso, propiedad de Josep Clotet, comprado poco antes de empezar la guerra, que estaba oculto en el parque de bomberos. Con el citado vehículo partió hacia la retirada. Posteriormente, el coche fue hallado en las proximidades de la frontera.

Cada día que pasaba, la línea del frente estaba más cerca. En Manresa proseguía el trasiego para abandonar la ciudad. A las evacuaciones de hospitales, industrias y cuarteles se añadían las de aquellas personas que más se habían significado en la vida política manresana, así como las de quienes temían represalias, además de numerosos refugiados que se habían establecido en Manresa procedentes de varios puntos del estado. En toda Cataluña, miles y miles de personas -que, finalmente, se aproximaron a medio millón-, cargadas de lo más imprescindible, se encaminaron hacia la frontera y hacia un futuro incierto. (Curiosamente, el alcalde de Manresa, Emilià Martínez Espinosa, que tenía previsto coger el tren el último día, junto con varios miembros del comité de la CNT, no estuvo a tiempo, pues la salida del convoy se adelantó y tuvo que permanecer en la ciudad. Emilià Martínez será condenado posteriormente a 12 años de cárcel).

Varios medios de transporte efectuaban servicios de evacuación. Quien poseía un vehículo debía ponerlo a disposición del ejército para cualquier necesidad. En la preparación de uno de dichos servicios dos manresanos hallaron la muerte: Ramon Macià Solanellas y Roc Fulla Esmet. La noche del 22 al 23 de enero ambos, junto con Ignasi Bohigas Gamisans, decidieron pernoctar en el garaje, pues habían

llegado tarde y a las cinco de la madrugada debían partir hacia la Seu d'Urgell. Quizás con la intención de calentar el local, o por temor a que, llegado el momento, no pudieran poner en marcha el vehículo debido al frío, dejaron encendido el motor, ignorando los efectos letales del monóxido de carbono resultante de la combustión. Ramon Macià, que dormía en la cabina del camión, y Roc Fulla, que yacía en el suelo encima de un saco, fallecieron asfixiados. Ignasi Bohigas, que también dormía en el camión, volvió en sí al cabo de unas horas y pudo salvarse.

Ambas muertes accidentales por "*asfixia por inhalación*" -según consta en el sumario-, no fueron las únicas producidas en Manresa antes de la entrada de los *nacionales*. Hubo al menos otra, en este caso intencionada. Antes de abandonar la ciudad, algunos decidieron realizar un escarmiento. La víctima del mismo fue el manresano Josep Galobart Lucas (miembro de Acció Popular Catalana e implicado en el atentado a Marià Homs), que fue asesinado el 22 de enero, en el local de las Hermanitas de los Pobres, donde estaba detenido. Baltasar Corrons Bascompte, hombre de profundas convicciones religiosas, tuvo más suerte: los comandos que fueron a buscarle se equivocaron de piso. Reventaron la puerta y saquearon el piso de al lado, profiriendo maldiciones al no hallar a nadie. No sabían que "*su hombre*" estaba tras aquellos tabiques.

Paradójicamente, en la prisión, situada en el convento de Santa Clara, no se tomó ningún tipo de represalia contra los 400 detenidos que allí estaban. Ramon Llatjós -que se hallaba preso por haber firmado a soldados que debían ir al frente varias bajas de inutilidad no justificables desde el punto de vista médico- recuerda que el día 23 por la tarde el director del centro reunió a los prisioneros y les comunicó que podían hacer lo que desearan pues él se largaba. Junto con dos guardias -a los que aconsejó que, por su significación política, le acompañaran- se fue con una tartana, dejando abiertas las puertas de la cárcel. Curiosamente, nadie se atrevió a salir hasta el día siguiente, cuando entraron las tropas rebeldes. Se trata una muestra del miedo imperante durante aquellos días de desconcierto, pues los republicanos podían obligar a cualquier persona que encontraran por la calle a acompañarlos. Máxime si tenemos en

cuenta que el ejército en retirada acababa de movilizar a hombres de prácticamente todas las edades, aunque fuera para tareas de fortificación. La posibilidad de ser detenido, pues, o el miedo a represalias durante la retirada hicieron que muchos se escondieran en los lugares más insospechados.

El día 23 por la tarde en Manresa prácticamente ya no permanecía signo alguno de autoridad. La mayoría de representantes municipales habían huido. Los guardias también. Ni siquiera Radio Manresa emitía, habiendo cesando, pues, las llamadas a una resistencia imposible, prodigadas hasta hacía poco. La poca prensa local que quedaba no aparecía desde hacía días. Mientras tanto, en las calles se amontonaba la basura, que nadie recogía. De hecho, los servicios públicos estaban totalmente paralizados. Durante unas horas Manresa, pues, fue una ciudad sin orden, sin ley. En este contexto, varios grupos de personas asaltaron los Almacenes Jorba y otros establecimientos, llevándose todo lo que encontraron. El saqueo produjo cuantiosos destrozos.

La llegada a Manresa del ejército sublevado era inminente. Los oficiales franquistas tenían las órdenes de operaciones de ocupación de la ciudad y de los alrededores desde el día 20 de enero. Según la documentación encontrada en el Servicio Histórico Militar de España, en Madrid, ese día el cuerpo del Ejército del Maestrazgo recibía la orden general de operaciones número 15. Según dicha orden, la misión encomendada al cuerpo del ejército era *"ocupar el nudo de comunicaciones de Manresa"*. La maniobra de la operación debía ser la siguiente: *«Perseguir al enemigo en dirección a Manresa. Atravesar el río Cardoner aguas abajo de dicha población.*

»Constituir una cabeza de puente a la orilla izquierda del Cardoner.

»Cubrir el avance hacia el Norte y hacia el Sur con flanqueos fijos.

»Mantener la línea actual al Sur del Vértice Portella para proteger la carretera Calaf-La Panadella-Cervera».

La misión específica encomendada a la Primera División de Navarra, del mismo Ejército del Maestrazgo, era la siguiente: *«Perseguir al enemigo en la dirección general Solanellas - Vértice Monconill - Chamal - Coll-Baix - Fábrica S. Paul - Vértice Grabat.*

»Guarnecer la línea al E. del Encinar de Oller que englobará las alturas de cotas 310 - 361 y 276, y la cabeza de puente de Manresa jalonada por las cotas 340 y 387 al Sur del Vértice Grabat, alturas de la orilla derecha del Lobregat entre el Puente de Vilumara y el Caserío de Viladordi, alturas de cotas 285 (al E. de Balsa de Gallifa) - 298 (al E. del Caserío Elguix) - 307 (al E. del km. 5 del ferrocarril) - 301 (inmediata al km. 9 del camino vecinal a Sampedor) y curva cerrada de cota 300 (al S. de El Pual) - km. 3,500 del camino de Basell a Manresa». (No obstante los errores toponímicos, los nombres son fácilmente deducibles: fábrica de Sant Pau, Gravat, Viladordis, el Guix, el Poal, Bassella, etc.)

Al cuerpo de zapadores le asignaron la misión de construir el puesto de mando y *“habilitar la carretera Calaf-Manresa para el tráfico automóvil”*. En cuanto a la aviación, se informaba de que *“se preveen bombardeos ligeros sobre la carretera a Manresa”*.

En otro documento hallado en el Servicio Histórico Militar de España, titulado «Puntos Vitales para interrumpir las comunicaciones ferroviarias en Cataluña», se puede comprobar que uno de los objetivos de las tropas franquistas era la destrucción de varios puntos de las líneas del ferrocarril del Norte, uno de los cuales era la estación de Monistrol de Montserrat y la entrada del túnel por ese lado. Según el documento, *«estos objetivos además de interrumpir ésta línea impedirían retirar las reservas de material y gran cantidad de máquinas de vapor y eléctricas existentes en Manresa y San Vicente de Castellet»*.

La proximidad de las tropas franquistas y el constante ir y venir de tropas republicanas en la ciudad habían alimentado el rumor de que Manresa había sido una posición elegida por las tropas republicanas para fortificarse, intentar detener el ataque de las tropas franquistas, impidiendo la llegada de las mismas a Barcelona y emprendiendo una contraofensiva. Se consideraba que Manresa era un punto estratégico suficientemente importante para que los republicanos no lo dieran por perdido sin ofrecer resistencia. Por otra parte, se creía que la orografía que rodeaba la ciudad y el Pla de Bages era lo

suficientemente abrupta como para facilitar la operación y cerrar el paso a las tropas enemigas.

Hay que decir al respecto que, efectivamente, hacía días que el ejército republicano había decidido establecer una línea de defensa en el río Llobregat, que tuviera como núcleo principal la ciudad de Manresa, debido a su posición estratégica. Según José Luis Infiesta (uno de los máximos expertos en los aspectos militares de la Guerra Civil, que nos ha facilitado una serie de informaciones sumamente valiosas), el mismo día 20 de enero el mando republicano se planteó defender la L-4, la línea que seguía el río Llobregat. Era una de las seis líneas de defensa que, desde abril de 1938, el ejército republicano había trazado para defender Cataluña en caso de ataque. No obstante, sólo se habían construido algunas fortificaciones de defensa en las tres primeras. En opinión de Carlos Engels, los centros más importantes de defensa de la L-4 que había previstos en la zona de Manresa eran el vértice Sabata, con una avanzada más baja en el Pla de la Torre, y la cima del Coll, apoyado éste en Vallformosa por su espalda.

Según el comandante general de artillería Carlos Botet Vehia, la misión de defender la L-4 fue encomendada al XVIII Cuerpo del Ejército, que a la sazón estaba concentrado cerca de Manresa. Un documento del 20 de enero sobre el despliegue artillero de ese día, firmado por Carlos Botet, indicaba que había sido enviada a Manresa la ODA número 3. La composición completa de esta ODA (Organización de Defensa Artillera) era la siguiente: una batería de 150 obuses de bronce, una batería de 155 milímetros rígida y una batería AVF (Artillería sobre Vía Férrea). Sin embargo, cabe precisar dos cuestiones. Por un lado, en Manresa sólo se envió una minúscula parte de esta ODA, formada únicamente por cuatro piezas. Un envío misérrimo para combatir al enemigo. Por otro lado, las piezas de dicha ODA número 3 eran antiquísimas -de fines del siglo XIX-, resultando totalmente inadecuadas para el combate, aparte de que posiblemente no disponían de reserva de municiones.

El 22 de enero otra orden de Carlos Botet precisa: *«Dada la situación creada por el avance enemigo en el frente del XVIII C.E., procede*

que la O.D.A. nº 3, cuya actuación se prevenía para el Sector de Manresa, quede afecta tácticamente al Ejército del Este.

»Como los emplazamientos que se habían elegido para ella en la línea L-4, han sido hoy rebasados por el enemigo, la O.D.A. deberá emplazar en la orilla izquierda del Cardoner frente a Manresa y para la misión concreta de la defensa de esa ciudad.

»Caso de tener que abandonarse la ciudad, la O.D.A. debe ser retirada a una posición de espera en Calders a excepción de la A.V.F., que deberá hacerlo a la estación de Tarrasa, quedando sus unidades a partir de este momento de nuevo a disposición directa de este Grupo de Ejércitos.»

Por otra parte, el mismo general Vicente Rojo, jefe del Estado Mayor del ejército republicano, ordenó que las tropas se concentraran en la zona de Manresa para interrumpir el avance franquista a Barcelona. Él mismo lo cuenta en el libro *¡Alerta los pueblos!*: «En la noche del 23 al 24 fijamos una idea de maniobra... Al ejército del Este se le adjudicaba igual misión defensiva en el Cardoner y se le ordenaba reunir sus tropas rehechas en la región de Manresa para actuar por el Oeste del macizo de Montserrat y crear una amenaza que pudiera entorpecer la acción principal del adversario, dirigida sobre Barcelona.» La maniobra, concebida para la defensa de Barcelona, se concretaba en una orden suya fechada la misma madrugada del día 24 que, entre otras cosas, decía: «Puede preverse que en tanto se libra en la región de Barcelona y Noroeste de la Plaza la batalla principal por los Cuerpos enemigos de Aragón, Italiana, Navarro y Marroquí, continúen los del Maestrazgo y Urgel las acciones secundarias para retener fuerzas en el frente Bassella-Manresa. Interesa al conjunto de la maniobra, y de una manera indirecta, a la defensa de Barcelona que, con el máximo de reservas que pueda reunir, el Ejército del Este y partiendo de la región Manresa-Súria, se realice una fuerte contraofensiva para cortar las comunicaciones de Manresa, dirigiéndola sobre la retaguardia enemiga por el Oeste del macizo de Montserrat. La seguridad de que el enemigo tiene desplegados sus seis Cuerpos y carece de reservas profundas, consiente, si se logra, la ruptura y se procede audazmente, la creación de una situación crítica en su retaguardia, de tal modo que pueda paralizarse la maniobra de los Cuerpos que operan más al Sur.

En tal aspecto, toda la actividad orgánica del Ejército del Este deberá encaminarse urgentemente a la preparación de la citada maniobra.»

Según José Luis Infiesta, el proyecto era, indudablemente, muy vago e iluso. Se desconocía con cuántas unidades se podría contar (unidades que, por supuesto, no recibieron las órdenes precisas); tampoco se indicaba qué mando las debería conducir; y, sobre todo, no se enviaron los refuerzos que se precisaban. Por otra parte, es evidente que Rojo pecaba de optimismo al suponer que el enemigo no tenía reservas, pues precisamente entonces se habían acumulado tres cuerpos del Ejército (Urgel, Aragón y Maestrazgo) en aquel ángulo del frente, con tantas unidades que casi se solapaban entre sí, pudiéndose incluso afirmar que al general Franco le empezaban a sobrar unidades.

Como era, pues, de esperar, a consecuencia de la desorganización del ejército republicano, la falta de reservas y medios de transporte, así como el poco tiempo disponible debido a la rapidez del avance de las tropas franquistas, el contraataque no fue posible. Así lo cuenta el general Rojo: *«Desgraciadamente el adversario no dio descanso a sus tropas; Manresa se perdería sin resistencia y nosotros no tendríamos tiempo ni medios automóviles y ferroviarios para realizar con la urgencia que los sucesos requerían la distribución del armamento y las necesarias concentraciones.»*

Juan Simeón Vidarte, en el libro *Todos fuimos culpables*, habla de otro proyecto de línea de defensa que debía pasar por los alrededores de Manresa, pero que no se llevó a cabo: *«El coronel Claudín había proyectado con más de ocho meses de anticipación un plan de defensa de Barcelona, en un radio de acción de más de cincuenta kilómetros. Comenzó por unas obras de defensa que principiaban en el Perelló, pasaban por los Bruchs y enlazaban cerca de Manresa. Para su ejecución la CNT había ofrecido un cuerpo de voluntarios para la construcción de trincheras, parapetos, nidos de ametralladoras. No se pedía más que la autorización y el material necesario para cierto tipo de fortificaciones.»* El plan, independiente pero complementario

al expuesto por el general Rojo, fue aprobado pero finalmente no se pudo ejecutar.

Por tanto, a pesar de las intenciones iniciales del ejército republicano, en Manresa no se estableció ninguna resistencia significativa, salvo la puramente simbólica y de la estrictamente necesaria de defensa personal. Ello no significa que no hubiera víctimas, como tradicionalmente se ha creído, porque es evidente que se produjeron algunas escaramuzas y varios enfrentamientos entre las tropas republicanas más rezagadas y las más avanzadas entre las franquistas. Otros enfrentamientos se originaron a raíz de la resistencia presentada por los republicanos en algunos lugares: Rajadell, el Pont de Vilomara, Navarcles, les Brucardes y Sant Benet fueron algunos de los sitios donde se estableció más resistencia. Como veremos en el capítulo siguiente, en el término municipal de Manresa y cercanías perecieron al menos una cuarentena de soldados.

El avance hacia Manresa se llevó a cabo por tres líneas distintas, pero bastante paralelas entre sí. La vía férrea Barcelona-Lleida consistió en el eje principal, flanqueado a su izquierda por los que seguían el camino hacia Castelltallat y Sant Mateu de Bages, y a su derecha por los que procedían de Els Prats de Rei. La dureza de un terreno tan empinado dificultaba bastante el avance de las tropas, pues había que superar las cumbres del Coll, la punta de Sabata y el Collbaix.

Algunos textos del bando franquista, que relataron posteriormente la maniobra de aproximación a Manresa, destacaban lo abrupto del terreno y los combates entre ambos ejércitos. Se trata de testimonios que es necesario aportar para tener una idea más precisa del desarrollo de las operaciones, si bien hay que tener en cuenta que, en algunos casos, el triunfalismo y la inexactitud de algunos datos les restan parte de veracidad. En el libro *La marcha sobre Barcelona*, de C. Torre Enciso y D. Muro Zegrí, se dice: «*Pero pronto la lucha se extiende entre los ríos Gavarrosa y Cardoner, donde los nacionales tropiezan con ligeras pero apretadas defensas que no impiden allí, como en el Pla de Bages, caigan enemigos a centenares. El mando rojo había fiado de las defensas naturales de la ciudad, cubierta por*

los ríos Llobregat, Cardoner y Gavarrosa. Son posiciones formidables: terreno abrupto, bocas de mina, caminos cubiertos provistos de numerosas armas automáticas, municiones superabundantes. Su artillería, en cambio, resultó ineficaz por la mala dirección de tiro. A las 8 de la mañana, mandada por Mizzian, rompe el fuego. Nuestra artillería de gran alcance, conjugada con la Aviación, entra violentamente en acción. Los alrededores de Manresa se cubren de densas nubes de tierra y humo negro que ocultan al enemigo; la confusión es aprovechada por nuestras tropas que marchan en cabeza de la línea de avance, al mismo tiempo que las secciones de ametralladoras progresan a saltos regulares, como en un campo de maniobra.

» Los rojos no esperan el choque. Abandonan Guardiola, San Fructuoso y toda la sierra de Rajadell, cubiertas de trincheras y alambradas para ser rechazados finalmente más allá del Cardoner, en donde intentan cubrirse con la voladura del puente románico, instantáneamente protegido por las avanzadillas que se sitúan en los arrabales de Manresa.»

Un texto aparecido sin firmar en el periódico *Manresa* en 1941 hablaba de combates encarnizados. Acerca de los republicanos refería lo siguiente: *«La calidad de los combatientes enemigos, era a la medida de la carta que se jugaban: una ciudad importantísima; la entrada al Llobregat y la puerta de Barcelona. Las órdenes de su mando, tajantes.»* Sin embargo, el articulista afirma que las columnas republicanas se derrumbaron ante los ametrallamientos, explosiones de bombas de mano y bombardeos de los franquistas e, incluso, que en la cima del Coll varios soldados republicanos quedaron atrapados en una maniobra de cerco: *«Esta es la señal de su desconcierto y de nuestra victoria. Caen sucesivamente el Coll, Punta Zapata y Coll Baix. Sobre todos los pilares enemigos ondea nuestra bandera. Las avanzadas llegan al Cardoner, mientras los prisioneros cabizbajos unos y alegres otros son llevados a Rajadell.»*

Fernando Ors, cronista de guerra del diario franquista *Heraldo de Aragón*, editado en Zaragoza, escribía el 25 de enero: *«Las Divisiones del cuerpo de Ejército del Maeztrazgo siguieron contra Manresa su*

táctica acostumbrada de atacar por donde se consideraba que el enemigo era incapaz de esperarlo.» El autor menciona las líneas seguidas por las tropas: la cordillera de Castelltallat, Sant Mateu de Bages, Els Prats de Rei, Castellfollit.... Respecto a las defensas del ejército republicano, sostiene: *«Los marxistas resistieron hasta ayer, e incluso contraatacaron creyendo que aún podrían sostenerse en algunas de sus posiciones, pero por la tarde recibieron instrucciones de no oponerse a ninguno de nuestros empeños porque, de intentarlo, su situación ya de por sí crítica, se podía convertir en un copo más que considerable, pues a pesar de tantas prevenciones todavía en nuestra red fueron prendidos destacamentos intactos.»*

El mismo cronista refiere que, una vez lograda la superioridad franquista en la zona de Manresa, *«todo lo que tenían que hacer, según la comunicación que llevaba un enlace rojo capturado, era replegarse con la mayor cantidad de gente y salvar el material que fuese posible, inutilizando el que se vieran forzados a abandonar».*

Aunque la captura del "enlace rojo" al que alude el texto podría tratarse de una invención, algunos datos aportados parecen bastante verosímiles. Antes que nada, porque ya se ha indicado que, finalmente, el ejército republicano había rehusado oponer una resistencia organizada y, por consiguiente, se trataba de replegarse inmediatamente. En segundo lugar, porque es evidente que durante la apresurada retirada de las tropas republicanas, para poder avanzar más rápidamente y evitar ser alcanzadas, se vieron obligadas a abandonar buena parte del armamento, camiones y demás material, una vez había sido inutilizado. Los camiones, algunos de los cuales habían quedado sin gasolina, eran despeñados, para que no pudieran ser aprovechados por el enemigo. Ramon Pujol Roca afirma haber visto, entre Fonollosa y Sant Joan de Vilatorrada, una quincena de camiones despeñados. Las tropas también abandonaban fusiles, bombas de mano, armamento y municiones varias. El abandono del armamento no era algo exclusivo de los republicanos, sino también de los franquistas. Éstos, al avanzar tan rápidamente, no daban abasto a recoger todo el material que les iba llegando. Ello explica que, días después de haber finalizado la contienda en Manresa,

todavía permaneciera un vagón lleno de balas de artillería en el bosque d'en Balcells, un montón de armas de mortero en el bosque de les Marcetes y fusiles y bombas de mano en muchos puntos de la ciudad.

Para dificultar la llegada del ejército franquista, los republicanos, en plena retirada, iban causando destrozos en la carretera y la vía férrea. Fernando Ors lo relata como sigue, probablemente exagerando: *«La retirada se efectuó haciendo saltar la carretera de kilómetro en kilómetro pues jamás hemos visto tantas ruinas y tan considerables en tan corta distancia las unas de las otras. La línea del ferrocarril tampoco se salvó del despilfarro de la dinamita que se ha utilizado por centenares de toneladas; el humo de aquel explosivo iba señalando los hitos de las rutas forzadas e impuestas al repliegue rojo.»* El último obstáculo del ejército republicano será, como veremos, la destrucción de los puentes de la ciudad.

Las discusiones acerca de si habría resistencia o no en Manresa eran ya historia. Sin embargo, ello no fue óbice para que, hasta poco antes de la entrada de las tropas franquistas, muchos manresanos fueran obligados a trabajar en varias trincheras situadas estratégicamente. Se cumplía así la orden de movilización general de la población civil entre 17 y 55 años, a la que nos hemos referido antes. Inmediatamente después de haberse publicado el correspondiente decreto, el 5 de enero el alcalde había recibido la siguiente orden del comandante militar de la plaza:

«El General Jefe de la A. de E. en telegrama urgentísimo fecha hoy me dice lo que sigue:

"Proceda urgentemente movilización personal civil sin límites [sic] edad apto para trabajos fortificación poniéndolo disposición oficial Ingenieros destacado esa Comandancia"

»Lo que traslado a UD. para su conocimiento y cumplimiento, rogando ponga a disposición de esta Comandancia Militar el pregonero municipal y dadas las circunstancias presentes, espero de ese Ayuntamiento la mayor colaboración.»

Sin embargo, los municipios, que tenían el frente tan cerca, colaboraron muy poco en dichas tareas, pues en aquellos dramáticos momentos tenían, lógicamente, otros quebraderos de cabeza. Vicente Rojo relata los problemas con los cuales, por lo general, se hallaban para construir las líneas de defensa: *«Los Jefes de Ingenieros diariamente tenían que recorrerse los pueblos para recoger el personal, llevarlo a los tajos, cuidarse de que les dieran de comer, dirigir el trazado de las fortificaciones y hacer que se trabajase. El resultado era que no podían hacer nada práctico, pues la primera dificultad con que tropezaban era la resistencia de los alcaldes, que, no sólo no daban facilidades para la recluta y reunión del personal apto, sino que consentían que eludieran el trabajo.»*

Algo parecido debió de acontecer en Manresa si atendemos al testimonio de Ramon Pujol Roca, uno de los manresanos que tuvo que trabajar en aquellas fortificaciones. Pujol fue detenido en el centro de la ciudad y conducido a la fábrica de Can Lluvià, punto de concentración de todo el personal reclutado forzosamente para realizar tareas de defensa. Desde allí, aquellos improvisados albañiles fueron llevados a varios lugares de la ciudad para cavar trincheras de defensa en forma de zigzag, que no serían utilizadas jamás. Ramon Pujol, que fue obligado a trabajar con doscientos hombres en las trincheras que se construían encima la Fuente de Neptuno, recuerda que había un desbarajuste total y un control casi inexistente por parte de los soldados, hasta el punto de que si alguien deseaba irse, podía hacerlo perfectamente.

Lo cierto es que nadie sabía quién mandaba en realidad. Era la prueba del caos en el que estaba inmerso el ejército republicano. Órdenes y contraórdenes se sucedían en poquísimo tiempo. Buena parte del ejército sólo pensaba en su situación personal: desertar, huir, presentarse prisionero... Es decir, lo necesario para no morir absurdamente cuando ya todo estaba decidido.

Todo el día 23, a raíz de la proximidad de las tropas franquistas, se oyeron disparos y cañonazos en Manresa. Estaban ya cerca de la ciudad. Ese mismo día habían ocupado la cordillera de Castelltallat,

Sant Mateu de Bages, Fonollosa, Castellfollit del Boix y los vértices de Jaumeandreu y Collbaix. El 23 por la noche, docenas de hogueras ardían en las crestas de montañas y colinas que bordean Manresa (Collbaix, Montconill, la Catalana y Santa Caterina). Aquellos fuegos -perfectamente visibles desde la ciudad- que indicaban los lugares donde vivaqueaban las tropas rebeldes, sin que nadie les molestara, eran la imagen más ilustrativa de cuál era el ejército victorioso. Estaba claro que al día siguiente entrarían en Manresa.

El día 24, hacia las dos de la madrugada, la gran masa de las tropas republicanas batidas en retirada pasó por Manresa. Provenientes de Fonollosa y Rajadell, atravesaron el puente del cementerio, dirigiéndose por la carretera de Cardona hacia la Muralla y la carretera de Vic. Primero pasó el armamento pesado y los camiones. Después, los soldados en formación. Eran miles de hombres que caminaban cabizbajos y en un silencio impresionante, sólo roto por el ruido de las botas. Varios testigos del paso de las tropas republicanas por Manresa coinciden en que se trataba de la verdadera estampa de la derrota, la imagen tétrica de un ejército vencido.

Cuando los últimos soldados hubieron abandonado Manresa, miembros del cuerpo de ingenieros del ejército republicano hicieron volar la mayoría de los puentes para dificultar el avance franquista. La detonación fue ensordecedora y retumbó por toda la ciudad, tambaleándose edificios y rompiéndose los cristales de los inmuebles próximos a los puentes (los vitrales de la Seu se desmenuzaron). Las explosiones destruyeron el Pont Vell, la pasarela de la estación, el puente de Can Poc Oli, el puente del ferrocarril, el Pont Fumat, el puente de la riera de Rajadell y el puente del cementerio. En el puente de Sant Francesc fallaron las cargas de dinamita, no llegando a destruirse. Uno de los soldados que las había instalado, el manresano Josep M. Pascual Guitart, halló la muerte cuando iba a comprobar por qué no estallaron, pues explotaron en ese preciso momento. La dinamita, sin embargo, sólo destruyó una arcada, la más cercana a la orilla de la estación, que al entrar los franquistas fue prontamente restaurada. El puente de hierro no fue destruido a causa de la proximidad de viviendas.

El espanto que causó la intensa explosión de los puentes se apoderó de la mayoría de los manresanos que, ocultos en los refugios o en escondrijos domésticos, no sabían qué había ocurrido. El estruendo de cañones, metralletas y fusiles de ambos ejércitos retumbó durante algunas horas. Después, el silencio. Un silencio largo y tenso, que se repitió en innumerables lugares, durante el lapso comprendido entre la retirada de los republicanos y la llegada de las tropas sublevadas. Aquel silencio que, según el periodista Josep Pernau, ha quedado tan grabado en la memoria colectiva de muchos catalanes.

**Texto sobre el saqueo de los Almacenes Jorba,
el 23 de enero de 1939**

«No quedó sección alguna sin remover. Restos de la sección de zapatería, que estaba en el primer piso, se hallaron en el sótano, en el desván y en la azotea; y lo mismo puede decirse de las demás secciones. De la sección de perfumería se estropearon más cosas de las que se robaron; una enorme capa de polvos de tocador cubría el pavimento. La sección de juguetes fue materialmente destrozada; los que quedaron estaban estropeados o rotos. Lo mismo ocurrió en la sección de relojería y objetos de regalo. En el despacho y en el archivo se esparcieron todos los papeles y se removieron torpemente todas las mesas y cajones; muchos documentos, libros y papeles importantes se perdieron. La caja de caudales fue violentada con una palanqueta de hierro, no consiguiendo abrirla, a pesar de no estar cerrada con llave; simplemente, estaba ajustada; es una prueba del frenesí y nerviosismo de los saqueadores ...

»En fin, una ojeada detallada a las fotografías permite hacerse mayor idea de la magnitud del desastre, más allá de las explicaciones. Únicamente se salvaron algunas piezas de tela de algodón, difíciles de cargar, y poco más.

»Una vez entrados los nacionales en la ciudad, la dirección de la casa, ayudada de algunos encargados y dependientes, pudo ahuyentar a la gente que todavía saqueaba. Por cierto que los soldados nacionales también buscaban, entre los destrozos, prendas interiores de vestir, de las que iban escasos, y más de un soldado y requeté fue sorprendido poniéndose calzoncillos y camisetas nuevas. Hay que reconocer que al saber que había aparecido la Dirección de la casa, contaron lealmente lo ocurrido y por parte

de ésta fueron autorizados a llevarse todo cuanto les faltara, sin abusar de esta concesión ».

(Francesc Brunet Generes, trabajador de la Casa Jorba)

Textos sobre la voladura de los puentes de Manresa por el ejército republicano, la madrugada del 24 de enero de 1939

«Unas explosiones formidables rompieron el dulce silencio matutino. Nos despertamos sobresaltados. Amanecía y seguían las detonaciones ensordeciéndonos. Los rojos consumaban su última obra criminal: la voladura de los puentes. La aglomeración de trabajo y sacrificios de muchas generaciones manresanas, saltaba destrozada y derruida en mil pedazos por la mortífera dinamita marxista. Se rompían los cristales y las piedras milenarias de los puentes, chocaban contra los pavimentos de las calles. Temblaban los hombres y las mujeres y los niños no podían contener su llanto. La situación era angustiosa».

(Josep Maria Badia. Ciudad, 23/1/1941)

«Manresa pasó por momentos de incertidumbre en aquel feliz trance. Temíamos que los rojos se hubiesen hecho fuertes antes de entregar la ciudad. Así lo creíamos los que en ella nos encontrábamos aprisionados por las huestes de Negrín, o mejor dicho, por las bravatas de Companys.

»Nuestra ciudad, según lo previsto por aquellos desalmados, tenía que ser lugar de resistencia; empero el día antes de la Liberación se varió de criterio y aquellos valientes se acobardaron al ver relucir las bayonetas del Ejército Español, las boinas rojas de los requetés de Lácar y Montejurra, las camisas azules de las Falanges victoriosas, que sin parar iban conquistando el terreno catalán para España...

»... De todas formas, Manresa se libró de un verdadero desastre y solo se limitaron los fugitivos en volar los puentes, como si aquello fuese algún obstáculo para que el mismo día, alegres y victoriosas, entrasen en la ciudad las fuerzas de España, bajo la espada liberadora de Franco»

(José Estany Font, 1944)